

El partido de su vida

Lo malo de ser niño en era de postguerra y tener que ir a jugar cerca de un antiguo campo de minas, es que por mucho que se haya limpiado la zona, siempre puede haber quedado alguna.

* * *

Los Markovic llevaban años instalados y con buena reputación en aquel paradisíaco pueblo de Tucepi, tan solo dañado por unos edificios derrumbados a las afueras y agujeros sueltos de ametralladora en la tapia del mercado, como únicas señales de país en guerra. El padre tuvo que huir cuando lo del incendio de Dubrovnik y buscar refugio en alguna zona costera, pero desconocida, del país. Su mujer siempre le había reprochado que ser jefe del Servicio de Inteligencia croata, y más a principios de los '90, sería un alto precio que sus tres hijos, ahora en edad de ir al colegio, tendrían que pagar tarde o temprano.

Era una zona tranquila. Un pueblo pequeño: el colegio, una iglesia, una plaza, dos tiendas y el bar; lo bañaba el Adriático y lo protegían las montañas Dinarides de la Dalmacia; era cruce de caminos desde el sur hacia Split. Por eso los Paulsen habían salido de Alemania al inicio de la carnicería balcánica y se habían instalado allí –un buen lugar de negocios para las empresas que trapichean con armas.

Primero fue ella. La tercera hija de los Markovic, Sanja, había nacido cercana la Navidad. Un regalo –pensaron sus padres– ahora que parecía que la guerra llegaba a su fin. Después él. El pequeño Paulsen nació solo unos días después de que se firmara el tratado de Dayton, cuando croatas, serbios y bosnios parecían haber llegado a un acuerdo en París. Alger llamaron al niño. Tanto la sensación de seguridad para los Paulsen como la de estabilidad para los Markovic y tantos otros en la región, parecía ahora real, y Alger y Sanja venían al pueblo de Tucepi como primeros niños nacidos en tiempos de paz.

Alger Paulsen, Sanja Markovic, Carlos Bianchi, Ismael Ramsen, Ivana Smith, Rachel Cabrita, Paula Monier... Cuando la profesora pasaba lista al inicio del día y después de comer, el trabalenguas al que se sometía era tal, que solo le aliviaba la alegría de saberse testigo de la armónica convivencia de nacionalidades, culturas y originalidades a la que ella colaboraba con su mejor hacer. Estaba ayudando a que emergiera una sociedad nueva. Aquellos niños serían su legado y su aportación a un mundo que, justo antes de ellos, se mataba por imponerse sobre los demás. Estaba ayudando a crear la generación de la esperanza. Niños que ya no habían vivido la guerra. Pequeños que podían saltar a la comba en el recreo, jugar al pilla-pilla antes y después de comer, sentarse en los sillones de la sala de lectura a recrearse con cuentos de Andersen o Allan Poe, y sobre todo lo que más les gustaba: quedar en la era de la ladera a las cinco de la tarde

a echar uno de esos interminables partidos de fútbol –o de lo que fuera– con normas incomprensibles y límites aún por delimitar; partidos en los que la ausencia de reglas era la pauta predominante. Estos niños, sin saberlo, estaban construyendo algo nuevo, y con ellos, sus mayores estaban dando un paso al frente cerrando una herida tan reciente como dolorosa: estaban aprendiendo a vivir con el pasado, conviviendo con los afanes del presente – algunos añadirían con suspicacia inquieta «¿cerrando los ojos al pasado?».

Y ese día llegó. Aquel fatídico viernes también habría partido en las eras. Llevaban dos semanas recordándolo. Vendrían los niños del cole de Pogdorá y ¡había que ganar! pues se jugaba en casa.

Sanja era la capitana del equipo. Aunque a algunos no les hacía gracia que una chica fuera la jefa –bastante era ya con tener que aguantar que tres chicas formasen la avanzada de mediocampo– Alger estaba encantado con ella como cabecilla. Alger y Sanja no solo eran muy buenos amigos, sino que se motivaban el uno al otro, para dar lo mejor de sí: él la hacía ser mejor leader; ella le retaba constantemente - aún estaba por ver que Alger marcara un gol desde el córner, y Sanja era la única que infatigablemente le incitaba a probar una y otra vez.

Lucía el sol desde muy temprano. Aquella mañana, los de Cuarto tenían examen de historia y sus padres tuvieron que ponerse al día en sus conocimientos de

Prehistoria la noche anterior: ¿qué significaría el que los habitantes del paleolítico fueran nómadas?; ¿qué hito marcaría el paso de la Pre y la Historia?; ¿en qué orden aparecerían la metalurgia, o la agricultura, o la ganadería o el fuego?; ¿cómo y dónde se encontrarían los más eficientes restos fósiles? ... «¿Restos fósiles?», más de un padre quedaría en reflexión. «¿Cuántos escondrijos aún quedarían por excavar o misterios por descubrir aún no sacados a la luz? Milímetros, centímetros, incluso metros cuadrados de tierra que aún no se sabía qué escondían, y en lugares de postguerra como aquel, aquellos inocentes y, hasta entonces, felices niños estaban a punto de descubrirlo por el hecho de que algunos adultos habían olvidado que la ventaja de guardar memoria es que pueden convertirlo a uno en profeta.

También habría reunión de padres aquel día. Los padres fueron llegando a eso de las 11 de la mañana, justo cuando ellos salían al recreo. Cruzaban a través del patio y los chicos les saludaban desde lejos, pero con sonrisa cómplice, como si tuvieran que ocultar quienes eran sus progenitores, a la vez que no pudiesen disimular la felicidad que les causaba verlos aquel día transitar por el cole. Los tres maestros de Tercero, Cuarto y Quinto habían organizado un viaje de fin de curso. A Trieste esta vez. Los padres venían a informarse y para ofrecerse a colaborar con la supervisión y organización de la jornada. Sería un día bonito en el que visitarían la Catedral de san

Justo Mártir, el antiguo barrio de San Vito y la plaza de la Unidad Italiana. La verdad es que cualquier cosa estaría bien, con tal de salir de tierras balcánicas, aunque fuera a aquel perdido y casi desconocido primer pueblo italiano tras cruzar la frontera eslovena. No fue larga la reunión, lo que dura el recreo, pero los niños no pudieron ver a sus padres ahora, pues cuando estos salieron de vuelta, ya estaban ellos en clase otra vez.

A cuarta hora tocaba matemáticas. Nadie pudo atender aquel día a lo que la señorita Horvat explicaba durante la clase. Todo eran tácticas y jugadas ensayadas que iban y venían de pupitre en pupitre en papeles tan arrugados como enmarañosos de entender con indescifrables rayas, flechas y muñecotes silueteados que no hacían sino dejar entrever diferentes técnicas de ataque y defensa que poner en práctica en el partido de la tarde. ¡¿Quién querría ser jugador del Real Madrid o del Hadjuk Split fútbol club si ya tenían la opción de jugar aquel partido *Champions* en las Eras?!

Fue un día muy completo. La comida de aquel viernes era compartida. Los tutores de los cursos mayores se habían inventado “*Explora Latinoamérica*” como lema de la jornada. Cada niño tendría que haber preparado y traído una comida típica de algún país sudamericano que sacar al patio a la hora del almuerzo y compartir. Algunos verían el gesto como una idea original por parte de los profesores, porque fomentaba el acercamiento de culturas

y tradiciones y potenciaba la integración y el conocimiento de lo diferente. Otros lo verían como un cerrar en falso recientes heridas –cualquier cosa sería buena, excepto promocionar lo propio, no sea que pudiera sonar a la recién, ya desintegrada, Yugoslavia. Terminó la clase, y todos salieron al patio. Hora de comer.

Sanja visionaba una y otra vez el partido de la tarde. Se visualizaba claramente en el centro del campo gritando sin parar y manejando a unos y a otros, mientras recibía y repartía juego entre aquellos que, a veces como patos mareados, hacían como si entendiesen e intentaban controlar el balón. Sanja era la mejor del equipo. Algunos niños pensaban que era una mandona, pero también quienes sabían que sin ella no habrían ganado nunca. Alger se imaginaba a sí mismo una y otra vez lanzando y marcando desde el córner: a veces desde la derecha; a veces desde la izquierda. En su cabeza, cualquier posición era buena con tal de marcar gol y así arrancar el aplauso de Sanja. No podía aún adivinar que, desgraciadamente, esa oportunidad llegaría aquella tarde de forma real.

El olor a especias de las tortas mejicanas o del ceviche de Perú, fuertemente mezclado con la fragancia de algunas quesadillas con arepas venezolanas que alguien había traído en un táper de plástico, dejaban en desventaja la vistosidad del sancocho colombiano con guacamole de Alger. Y ni por esas, aquella comida pudo eliminar de sus cabezas el partido de la tarde. Cada uno de ellos se

fraguaba a sí mismo como el Benji o el Oliver de la jornada – cada uno era en su imaginación el héroe de la tarde, el MVP.

¡Por fin sonó la sirena! Salieron todos, como en estampida, camino de la era. «¡Qué decepción! — algunos pensaron— aún no habían llegado los de Pogdorá». ¿Qué esperaban?, la verdad, pues, aunque la aldea estaba tan solo a cinco kilómetros, si habían terminado las clases a la misma hora que ellos, aún les quedarían unos diez minutos como mínimo para llegar: ¡perfecto!, tiempo suficiente para ultimar detalles estratégicos y calentar.

Antes de que el partido se diera por terminado, sin haber cumplido ni la mitad de los 90 minutos acordados por los dos capitanes al comenzar el encuentro, hubo tiempo para jugadas sorprendentes, algunas irrepetibles. De hecho, como alguien no volviera a tener nueve o diez años otra vez, no sería capaz de repetir ese tipo de jugadas en la vida. No hubo necesidad de cambios ni sustituciones, pues los 17 jugadores de un bando y los 13 del otro parecían estar igualados en calidad y nivel. Nadie había marcado gol aún. Minuto 32. Segundo córner a favor de los de Tucepi. El primero lo intentó poner en la red Alger, pero se quedó corto. Ahora tenía una segunda oportunidad, y esta vez no quería fallar. Sacaría fuerzas de donde fuera con tal de alcanzar portería. No podía defraudar ahora a Sanja, así es que decidió coger más carrerilla. Se retiró

unos pasos más atrás que de costumbre para pillar ventaja – allá donde la hierba estaba más alta y donde nunca nadie parecía haber pisado entes. Y fue allí donde justo un segundo antes de salir camino hacia el balón se paró, miró a su amiga buscando aprobación, retrocedió dos pasos más, enfocó, dio un paso a la izquierda tomando ángulo y pisó fuerte para salir lanzado. Entonces se oyó el clic.

* * *

El valle enmudeció al punto. Cero a cero en el marcador.